

NO SOLO LADRILLO Y CEMENTO



Texto por: Gerardo Aparicio Porrero
En búsqueda

Como todos, alguna vez he pasado a través de algún barrio. He caminado, como todos, junto a una mujer o un amigo sin prestar atención a dónde metía los pies. Alguna vez, como todos, me he registrado los bolsillos, porque, como los demás, olvido y recuerdo. Alguna vez cogí un tren de regreso sin pensar que aquella sería la última vez que vería cierta ventana, esquina, edificio, una chica que me gustaba... Me he despertado, como todos, en un lugar que no me correspondía y he escuchado un perro ladrando. Luego continué a dormir, como los demás, porque aún era de noche. Y aún no he pensado en aquella noche. Ni en aquella cama.

Como los demás he estado en lugares para olvidar o para no parar de recordarlos: lugares en los que te despluman sin que te des cuenta. Lugares en los que parece que el tiempo se está desvaneciendo, y pertenecen a otra época, donde una atmósfera trae aromas rancios de comida. Y aunque no pienses en ellos, existen, pero no se puede saber. Cuántos callejones hemos atravesado y cuántas escaleras, cuántas puertas hemos abierto y cerrado, cuántas ventanas. Pero algunas calles las hemos olvidado. No sabemos su historia, ni su vida presente, sino en un preciso momento. Recuerdo una ventana grande y verde, y una mujer joven que se asomaba inclinándose. ¿Dónde ha estado todo este tiempo? Pero, probando, ahora a recordarla, no consigo ver su cara. Existía, existe aún, creo. En una sobremesa de verano fatigosa, con el sonido de la cigarra y el olor a carne

sudada. Pero ¿dónde se encuentra? ¿Cuál es su lugar? Esta constelación inmensa de luces brillantes en la que vivimos. Este fluir inmerso. Este roce de seda. Este roce y cruce tan cercano sin saberlo, sin verlo, sin sentirlo. Se llega, después, a sentirse como suspendido sobre una nebulosa de tiempo. ¿Es materia todo eso? ¿lo era? ¿Era piedra y madera? ¿Era un adoquinado? ¿Era un muro enjalbegado? ¿Eran casas? era tierra? Eran cosas que hemos tocado, cosas que nos han acariciado y que se nos han donado...pero ¿por qué, entonces, siento tanta tristeza? Por qué este sentimiento de pérdida sobre aquellas luces lejanas de la ciudad, de las que no sé nada, y nada llegaré a conocer salvo que alguien la ha encendido.

De la ciudad conocemos sus bastiones, y su historia. Escuchamos lo que quiere decirnos, aquello que ella nos concede oír, su discurso, su conversación, y algunas veces, hasta escuchamos sus silencios (cuando quiere hacérselos sentir). Pero, la ciudad viva, tiene también lugares en los que se olvida de sí y parece perderse. Balcones en los que alguien fuma un cigarro, pequeños patios, barrios misteriosamente silenciosos, una huerta tras un grande edificio donde pasa sus horas un jubilado y crece casi crepante un abeto o una palma, ventanas que se abren sobre callejones desiertos. No parece que haya ninguna relación entre ellos, ni con el resto de la ciudad; escondidos para el paseante y el turista, ajenos al frenesí cotidiano que se mueve entre bares, parques, aparcamientos y oficinas... son extrañas acequias con el agua